

Envió mensajeros por todas partes : estos advirtieron á sus parientes y amigos que fueran pronto á Isenstein ; á cada uno dió ricos y magníficos trajes.

Caminaron día y noche hacia la ciudad de Brunequilda, « pero que hacemos » dijo Hagen ; « mal obramos esperando aquí á la gente de Brunequilda.. »

« Si llegan á esta tierra por la fuerza , no sabemos los designios de la reina : ¿ volverá su cólera ? entonces estamos perdidos , y esta noble joven ha nacido para causarnos grandes sobresaltos. »

El fuerte Sigfrido dijo : « No lo sufriré en manera alguna. Nunca sucederá lo que teméis. Yo traeré en vuestra ayuda á este país guerreros cuya destreza os es desconocida.

« Nada pediréis cuando me haya marchado , quiero ir muy lejos ; Dios guardará vuestro honor entre tanto. Quiero traer mil hombres , los mejores héroes que nunca hayáis visto. »

« No estéis ausente mucho tiempo, » le dijo el rey « pues sin vuestra ayuda , no conseguiremos nada. » Le respondió. « Estaré de vuelta dentro de muy pocos días. Decid á la reina que me habéis enviado con una embajada. »

VIII.

DE COMO SIGFRIDO SE DIRIGIÓ EN BUSCA DE LOS NIBELUNGOS.

INMEDIATAMENTE después, Sigfrido, llevando siempre su Tarnkappa, se dirigió por la playa hacia el puerto en que se encontraba la barca. Penetró en ella invisible para todos, el hijo de Sigemundo. Después se alejó rápido como el viento.

Nadie veía quien era el que conducía la barca : la embarcación se alejaba rápida, pues la fuerza de Sigfrido era grande. Hubiera podido creerse que la impulsaba un fuerte viento, pero solo la llevaba Sigfrido el hijo de la hermosa Sigelinda.

En un día y una noche llegó á un poderoso reino que tenía cien marcas, y aun más extensión, el cual se llamaba el país de los Nibelungos ; allí era donde tenían su cuantioso tesoro.

El héroe llegó solo á una gran isla. Pronto amarró su barca el buen caballero y enseguida se dirigió á una montaña cerca de la que había una ciudad en la que buscó asilo, como suelen hacer los rendidos por la fatiga del camino.

Llegó ante las puertas que estaban cerradas : defendían su honor como aun sucede en nuestro país. El hombre desconocido comenzó á dar golpes en ellas : todo estaba prevenido ; en el interior había gente.

Un gigante que con sus armas siempre dispuestas guardaba la ciudad, le dijo : « ¿ Quién es el que tan fuertemente llama á las puertas ? El arrogante Sigfrido fingiendo la voz, le dijo :

« Soy un guerrero ; ábreme la puerta , pues de lo contrario alguno que prefiere á todo el dulce reposo y su comodidad, tendrá que sentir mi cólera. » La respuesta dada por Sigfrido irritó al guardian.

El gigantesco guerrero se vistió su armadura y se puso el casco en la cabeza ; el hombre fuerte cogió su escudo y abrió la puerta lanzándose furioso sobre Sigfrido.

« ¿ Quién se ha atrevido á despertar á tantos esforzados hombres ? » Su mano daba fortísimos golpes. El noble extranjero comenzó á defenderse, pero tal hizo el portero que le rompió la cota de mallas

Con una barra de hierro : el héroe estaba en peligro. El héroe temía la espantosa muerte, pues el guardian de la puerta golpeaba con violencia. Sin embargo, el héroe Sigfrido estaba satisfecho.

Combatieron con tanto extrépito que toda la ciudad se alarmó llegando el ruido hasta el salón del rey de los Ni-



ahorraba la vida de sus hombres, pues así se lo imponía el deber.

Arrojándose sobre Alberico, cogió con sus féreas manos

belungos. Derrotó y amarró al portero; la noticia se esparció por todo el país de los Nibelungos.

Mas allá de la montaña, Alberico el valiente, un enano salvaje oyó la lucha. Se armó de prisa y corrió al lugar donde se encontraba el noble extranjero que había amarrado al gigante.

Alberico era valiente y muy fuerte. Llevaba yelmo y coraza y en la mano un pesado látigo de oro. Corrió rápidamente al encuentro de Sigfrido.

Siete pesadas bolas pendían del látigo, con las que golpeó el escudo de aquel hombre atrevido rompiéndolo por varios lados. Gran cuidado tuvo por su vida el arrogante extranjero.

Dejó caer su agujereado escudo y volvió a la vaina su larga espada. No quería dar muerte á su camarero;

las canosas barbas de aquel hombre viejo ya, y tiró con tanta fuerza que hizo gritar á aquel hombre. La acción del joven héroe dolió en el corazón á Alberico.

Así gritó el fuerte enano. «Perdóname la vida: y si me es permitido ser siervo de otro, que no sea un héroe de quien he jurado ser fiel vasallo, os serviré antes de morir.» Así dijo aquel hombre astuto.

Amarró á Alberico como había hecho con el gigante: la gran fuerza de Sigfrido le hacía mucho daño. El enano le preguntó: «¿Cómo te llaman?» Le respondió. «Me llamo Sigfrido, creí que me conocerías bien.»

«Me alegro de saberlo» le replicó Alberico, «sé que por vuestros heroicos trabajos, sois con justicia señor de este país. Yo haré lo que me mandéis si me dejais libre.»

Así le contestó el héroe Sigfrido: «Irás rápidamente y me traerás los mejores guerreros nuestros que haya en el país: mil nibelungos; que sepan que estoy aquí: no quiero haceros daño, os dejo la vida.»

Quitó las cuerdas al gigante y á Alberico. El enano corrió á donde estaban los guerreros y despertó á los Nibelungos diciéndoles: «¡Arriba! héroes, es menester que vayáis con Sigfrido.»

Saltaron de sus lechos y en breve tiempo estuvieron dispuestos. Mil esforzados guerreros se vistieron sus mejores trajes y fueron á donde estaba Sigfrido. Saludaron al hermoso héroe y estrecharon su mano.

Se encendieron muchas luces y le prepararon una deliciosa bebida: les dió las gracias por haber venido tan pronto y les dijo: «Tendréis que venir conmigo hasta muy lejos.» Dispuestos á seguirlo estaban muchos héroes fuertes y buenos.

Mas de treinta mil guerreros habían llegado; entre ellos fueron escogidos los mil mejores. Trajéronles sus yelmos y sus armaduras, pues quería fueran con él al reino de Brunequilda.

Les dijo: «Mis buenos caballeros, quiero que sepáis que es menester llevar muchos y ricos vestidos á esta corte, pues allí os verán muchas hermosas mujeres: por esto hay que llevar muy ricos trajes.»

Posible es que algún ignorante diga que esto es un cuento y pregunten: ¿Cómo en tan poco tiempo pudieron reunirse tantos caballeros? ¿Dónde hubieran podido hallar vituallas? ¿Dónde hubieran cogido los trajes? Nada hubieran podido hallar ni aun teniendo treinta países á su disposición.

Ya se ha oído hablar de las riquezas de Sigfrido: el tesoro y el reino de los Nibelungos estaba á su disposición; distribuyó aquel tesoro abundantemente entre los guerreros y sin embargo no disminuía, cualquiera que fuera la cantidad tomada.

Partieron una mañana temprano. ¡Qué hombres tan valerosos llevaba Sigfrido en su compañía! Llevaban consigo buenos caballos y magníficos vestidos: de este modo llegaron al país de Brunequilda con grande ostentación.

En él vieron muchas hermosas jóvenes detrás de los miradores. Así dijo la joven reina: «¿Sabe alguno quiénes son aquellos que veo á lo lejos bogar hacia aquí? Han arriado blancas velas más limpias que la nieve.»

El rey del Rhin le contestó: «Son soldados míos que había dejado detrás en mi viaje cerca de aquí. Los he hecho llamar y hélos ahí que ya vienen.» Los arrogantes extranjeros fueron admirados con alegría.

En la popa de uno de los barcos se veía á Sigfrido vestido con un soberbio traje y rodeado de muchos guerreros. La joven reina, dijo: «Decidme, señor rey; ¿debo saludar á esos guerreros ó no?»

Él le contestó: «Vos debéis salir á su encuentro hasta la puerta de vuestro palacio, á fin de que comprendan que los veis con gusto.» La joven reina hizo lo que el rey le decía: por su atención distinguió á Sigfrido de todos los demás.

Diéronles alojamientos y manifestaron cuidarse de sus trajes. Era tan grande el número de huéspedes venidos al país, que por todas partes se los veía en patrullas. Los héroes atrevidos deseaban volver á Borgoña.

Así habló la joven reina: «Quedaré muy agradecida á los que sepan distribuir mi oro y mi plata á los huéspedes míos y del rey que son tan numerosos.» Así le contestó Dankwar el fuerté, el guerrero de Geiselher.

«Muy noble reina, dejadme tomar las llaves; tengo confianza de hacer tan bien la repartición», dijo el fuerte héroe, «que si de ello resultara algún oprobio sería para mí completamente.» Supo demostrar muy bien cuan justo era.

Cuando el hermano de Hagen hubo recibido las llaves, la mano del héroe hizo suntuosos regalos: al que deseaba un marco, les daba tantos, que los pobres pudieron luego pasar cómodamente la vida.

Muy bien puede calcularse que daba cien libras sin contarlas. Muchos salieron del salón llevando ricos trajes que nunca soñaron tener. La reina lo supo y se manifestó disgustada.

Así le dijo al rey: «Hace tan ricos presentes ese guerrero, que no parece sino que imagina me voy á morir: aún quiero disfrutar de ello y pienso que podré gastar lo que mi padre me ha dejado. Nunca tuvo una reina camarero tan dispendioso.»

Hagen de Troneja, le dijo: «Señora, debéis saber que el Rey del Rhin tiene oro y trajes en tanta cantidad que no queremos llevar ni una parte de lo que tiene aquí Brunequilda la buena.»

Llenaron las arcas de piedras preciosas. Su camarera tenía que vigilar esto, pues ya había perdido la confianza en el guerrero de Geiselher. Gunter y Hagen no pudieron menos de echarse á reír.

La joven reina, dijo: «¿A quién dejaré mi reino? Es necesario que nosotros mismos pongamos esto en orden.» El noble rey le contestó: «Haced que venga aquí vuestro preferido y lo haremos jefe.»

El más próximo pariente que la joven veía allí, era un hermano de su madre, al que le dijo: «Permitid que os encargue de mis ciudades y de mis campos; tal es el deseo del rey Gunter.»

Entre sus hombres más valientes escogió dos mil que debían acompañarla á Borgoña en compañía de los mil guerreros que habían venido del país de los Nibelungos. Inmediatamente prepararon el viaje y se los vió cabalgar por la arena.

Llevó consigo ochenta y seis mujeres y doscientas vírgenes de hermosos cuerpos. No se detuvieron mucho tiempo, pues todos deseaban partir. Mucho lloraron las que tenían que quedarse.

Después de tan elevadas pruebas, la joven abandonó su país; abrazó á sus amigos que estaban más próximos. Con bendiciones de todos se lanzaron al mar; después nunca volvió la joven al país de sus padres.

Durante el viaje se realizaron alegres juegos y se tañeron dulces instrumentos. Una brisa ligera impulsaba sus bajeles. Pronto se alejaron de la orilla; las madres de muchas jóvenes lloraron.

Durante el viaje no quiso manifestar su amor al rey.

Esta delicia la reservaba para cuando llegaran á Worms, después de los desposorios: llegaron al fin en compañía de los héroes llenos de alegría.

IX.

DE COMO SIGFRIDO FUÉ ENVIADO Á WORMS.

DESPUÉS de navegar nueve días enteros, dijo Hagen de Troneja: «Escuchad lo que voy á decir; hemos diferido mucho el enviar noticias á Worms sobre el Rhin; y ya nuestros mensajeros debían estar en Borgoña.»

El rey Gunter le respondió: «Habéis dicho muy bien; pero nadie mejor que tú para cumplir este encargo, amigo Hagen: encáminate á mi reino: ninguno dará cuenta de nuestra expedición mejor que tú.»

«Te equivocas, querido señor, yo no soy un buen mensajero; deja que siga como camarero y que permanezca en las ondas. Quiero estar al cuidado de las mujeres y de sus trajes, hasta que hayamos llegado á Borgoña.

«Procurad que Sigfrido se encargue de esa misión: su fuerza maravillosa le hará salir bien del empeño. Pero si no quisiera hacer este viaje, rogádselo en nombre de vuestra amada hermana y lo cumplirá.»

El rey mandó buscar al guerrero y cuando lo tuvo en su presencia, le dijo: «Ya que estamos cerca de nuestro reino, debo enviar un mensajero á mi querida hermana y á mi madre, para advertirles que nos aproximamos al Rhin.»

«Os pido, señor Sigfrido, que hagáis este viaje y siempre os daré las gracias.» Así habló el buen guerrero. Al principio rehusó el esforzado Sigfrido hasta que el rey Gunter se lo rogó mucho.

Él añadió: «Haréis este viaje por mi amor y por el de la hermosa virgen Crimilda, que os dará las gracias, conmigo, la encantadora mujer.» Al escuchar esto, Sigfrido, se manifestó dispuesto inmediatamente.

«Mandad lo que queráis, no os negaré nada; sea lo que fuere, lo haré todo en nombre de la hermosa joven. ¿A la que llevo en mi corazón, puedo yo negarle cosa alguna? Todo lo que me mandéis será hecho en nombre de ella.»

«Decid á mi madre, á la reina Uta, que estamos muy contentos de este viaje: decid á mi hermano de qué manera hemos vencido y dad igual noticia á todos nuestros amigos.

«No ocultaréis nada tampoco á mi hermosa hermana: la saludaréis en nombre de Brunequilda y en el mío, y decid á todos mis servidores y guerreros que he realizado con honor lo que mi corazón deseaba.

«Decid á mi sobrino Ortwein, á quien tanto quiero, que haga disponer sitios convenientes en las orillas del Rhin y que hagan saber á mis demás parientes que quiero celebrar de una manera magnífica mis bodas con Brunequilda.

«Decid á mi hermana que luégo que sepa que he llegado á tierra con mis huéspedes, reciba agradablemente á la que tanto amo y siempre se lo agradeceré á Crimilda.»

Sigfrido se despidió inmediatamente de Brunequilda y